



DESENVOLVIMENTO
E MEIO AMBIENTE

BIBLIOTECA
DIGITAL
DE PERIÓDICOS
BDP | UFPR

revistas.ufpr.br

La crisis ambiental y el campo de la ecología política: una perspectiva desde el psicoanálisis freudiano

A crise ambiental e o campo da ecologia política: uma perspectiva a partir de Freud

The environmental crisis and the field of political ecology: a Freudian psychoanalytic perspective

Ana Lizete FARIAS¹*

¹ Universidade Federal do Paraná (UFPR), Curitiba, PR, Brasil.

* E-mail de contacto: analizete@gmail.com

Artículo recibido el 19 de abril de 2022, versión final aceptada el 16 de enero de 2023, publicado el 14 de septiembre de 2023.

RESUMEN: La relación entre el pensamiento ambiental y el pensamiento psicoanalítico de Freud aún debe ser mejor tematizada. Requiere supuestos teóricos complejos e interdisciplinarios, no sólo de las Ciencias Ambientales, sino también de las Humanidades. Este ensayo pretende apuntar algunas reflexiones en esta dirección. Se entiende que la crisis medioambiental, en su faceta más emergente, es decir, el cambio climático, no debe reducirse a la perspectiva de que el medio ambiente está en crisis, porque lo que realmente está en juego es una forma de ser, una forma de vida colectiva, es decir, la subjetividad de una civilización. En vista de ello, la crisis medioambiental desvela un proceso inconsciente en la economía psíquica, algo que ha sido bien apropiado por el modo de vida capitalista y que, por definición, no tiene una relación propia, natural e inmanente con el mundo de la naturaleza.

Palabras clave: crisis ambiental; cambios climáticos; medio ambiente y psicoanálisis; ecología política; pandemia.

RESUMO: A relação entre o pensamento ambiental e o pensamento psicanalítico de Freud ainda precisa ser mais bem localizada. Requer pressupostos teóricos complexos e interdisciplinares, não só das Ciências Ambientais, mas também das Humanidades. Este ensaio visa apontar algumas reflexões nessa direção. Entende-se que

a crise ambiental, em sua face mais emergente, ou seja, as mudanças climáticas, não deve ser reduzida à perspectiva de que o meio ambiente está em crise, pois o que está realmente em jogo é um modo de ser, um modo de atuação coletiva vida, isto é, a subjetividade de uma civilização. Diante disso, a crise ambiental revela um processo inconsciente na economia psíquica, algo que vem sendo bem apropriado pelo modo de vida capitalista e que, por definição, não possui relação própria, natural e imanente com o mundo da natureza.

Palavras-chave: crise ambiental; mudanças climáticas; meio ambiente e psicanálise; ecologia política; pandemia.

ABSTRACT: The relationship between environmental thinking and the Psychoanalysis thought by Freud still needs to be better thematized. It requires complex and interdisciplinary theoretical assumptions, not only from Environmental Sciences, but also from Humanities. This essay aims to point some reflections in this direction. It is understood that the environmental crisis, in its most emerging facet, climate change, should not be reduced to the perspective that the environment is in crisis, because what is really at stake is a way of being, a collective way of life, that is, the subjectivity of a civilization. In view of this, the environmental crisis unveils an unconscious process in the psychic economy, something that has been well appropriated by the capitalist way of life and that, by definition, has no proper, natural, immanent relationship with the world of nature.

Keywords: environmental crisis; climate change; environment and psychoanalysis; political ecology; pandemic.

1. Introdução

Crisis ambiental, ecología política y psicoanálisis freudiano: tres campos, tres conceptos, tres posibilidades de observar las cuestiones socioambientales. Sabemos que este encuentro es un tema, todavía, poco explorado dentro de la perspectiva medioambiental. Provoca cierta resistencia, ya que es un encuentro que cuestiona las elecciones que hacemos en relación con el sentido de nuestras actividades, que son, en sí mismas, un proceso político.

Desde el inicio trae consigo una dificultad en su abordaje, en la medida en que, justamente, propone una elaboración concomitante a partir de sus dominios, esclarecidos resumidamente a seguir.

La crisis medioambiental del planeta, que tiene hoy su cara más urgente, las “emergencias climáticas”, se viene anunciando con mayor énfasis desde los años setenta, cuando se empezó a hablar no sólo de los impactos localizados de la degradación del

paisaje. Aspectos como la polución y contaminación del agua y del aire, la extracción depredadora de bienes minerales, el deterioro de las capas de ozono, el calentamiento global comenzó a ser señalados, desde entonces, por gran parte de la comunidad científica, a escala mundial.

Es importante destacar que Leff (2011) entiende que la crisis ambiental, incorporada a la episteme del mundo, termina ocultando las causas, la raíz de los problemas, volviendo a los sujetos impotentes para visualizar otros caminos posibles, atrapados en una racionalidad económica e instrumental que forjó la Modernidad.

En este sentido, el punto importante traído por Farias (2021) es que la crisis ambiental, más allá de su dimensión objetiva, es decir, las disputas espaciales y materiales para el acceso y uso de los recursos naturales, hay una dimensión subjetiva – metapsicológica – que se refiere a las diferentes formas de

vínculos sociales, sus sentidos y significados que lleva en sí mismo como su verdad.

Esta perspectiva lleva a la autora a concluir que la crisis ambiental es tanto psíquica como ambiental y sociopolítica, en una (de)-vasta-acción no sólo física, sino psíquica, sin precedentes, desgarrando el tejido social en diferentes lugares, bajo diferentes contornos.

El otro campo de este ensayo, la ecología política, desarrollada a partir de los años sesenta y setenta, según la definición de Leff (2015) se caracteriza por ser el ámbito de estudio de las relaciones de poder y los conflictos políticos en torno a la distribución ecológica, la apropiación de la naturaleza, la relación entre la humanidad y la naturaleza, el sometimiento de las culturas a la lógica de la explotación capitalista y la racionalidad del sistema-mundo, así como las estrategias geopolíticas de poder del desarrollo sostenible y la racionalidad ambiental (Leff, 2015).

Lo que interesa destacar aquí es que la ecología política, al igual que el psicoanálisis, tiene la capacidad de deconstruir y reconstruir el conocimiento y, por tanto, su propio papel en la sociedad.

Y esto está en línea con el pensamiento de Leff cuando afirma que la ecología política implica la resignificación de conceptos y la movilización de estrategias discursivas dentro de un nuevo territorio epistémico ambiental (Leff, 2015).

Tomando como punto de partida estos breves apuntes de cada uno de estos campos, el objetivo de este ensayo es situar aspectos de la crisis medioambiental según el psicoanálisis de Freud, esbozando una perspectiva para el campo de la ecología política.

La elección de Freud se hace a través de sus reflexiones sobre los aspectos sociales, y no es sólo

la aplicación del psicoanálisis a un nuevo objeto de investigación. Se entiende que es, más bien, el desdoblamiento de lo que siempre ha existido, desde el inicio de la construcción de su teoría. Esto se puede ver, por ejemplo, en "Psicología de las masas" (Freud, [1920-1923], 2011a) cuando dice que no hay separación entre lo colectivo y lo individual, es decir, no hay vida que no esté colectivizada en algún nivel, lo que afirma que el sujeto se divide en afectos que son sólo suyos, pero que también dependen del discurso del Otro.

Mladen Dolar, psicoanalista esloveno, en su artículo titulado "*Freud and Political*" (2007) afirma que cualquier mención de una ausencia de un legado político en Freud puede ser rechazada. Explica que, si el Psicoanálisis surgió a partir del tratamiento de la psique individual, sus síntomas y vicisitudes, y si el objeto de la política es la construcción de una colectividad, entonces esa frontera ha sido cruzada desde el principio, donde el individuo, el ego y el sujeto son inconcebibles sin una teoría del lazo social. "La política es universal y está presente en la obra de Freud hasta el punto de no dejar casi espacio para nada más. Ninguna página de Freud está libre de consecuencias políticas", dice Dolar (Dolar, 2007, p. 1).

De esa forma, aunque Freud no se ocupó de las cuestiones ambientales de la misma manera como las pensamos hoy, en toda la extensión de su obra está el registro, la marca del colectivo y de los lazos sociales, que se entiende, desde ahora, como un innegable legado político para el tema. Por lo tanto, si nada es más político que las relaciones que se forjan en las cuestiones socioambientales, el pensamiento freudiano es actual e instigador para revelar el lado inconsciente de la crisis ambiental.

Es importante señalar que a pesar de que el psicoanálisis se basa en la función clínica, éste va más allá de esa dimensión al comprender el origen y las causas del sufrimiento humano. Y desde ese lugar, donde trasciende, trae consigo la posibilidad de revelar algo que quizás no habíamos tematizado suficiente, es decir, la relación depredadora de un régimen económico y la constitución de los lazos sociales, en lo que concierne a la naturaleza.

Según Ernani Chaves, uno de los grandes traductores brasileños de la obra de Freud, “si antes el psicoanálisis parecía entrometerse donde no se le llamaba, ahora necesita y debe entrometerse para llenar una significativa laguna” (Chaves, 2019, p. 154). Y eso es exactamente lo que se pretende ahora, es decir, intentar abrir un espacio en las ciencias ambientales, en el que se inserte la subjetividad humana según el pensamiento freudiano.

2. La pandemia del Coronavirus: encuentro con lo traumático

En medio del camino había una piedra, había una piedra en medio del camino, había una piedra, en medio del camino había una piedra.

Nunca me olvidaré de ese acontecimiento en la vida de mis retinas tan fatigadas. Nunca me olvidaré de que en medio del camino había una piedra, había una piedra en medio del camino en medio del camino había una piedra (Carlos Drummond de Andrade, 1967, p. x)

Freud utilizó todos los recursos que ofrece el lenguaje para materializar la fuerza de su pensamiento. Hay un encuentro amoroso, bello y duradero entre su teoría y la “poiesis” de las palabras. Algo que no es para “adornar” sino una característica para

quizás decir lo que también está en el orden de lo indecible. Para eso traigo la poesía de Drummond para que me ayude a expresar ese momento que atravesamos en la historia de la humanidad.

Hemos presenciado en nuestra cotidianidad y hemos sentido en nuestros corazones que estamos viviendo una época oscura. En términos lacanianos, tiempos de encuentro con lo Real, es decir, lo imprevisto, lo inesperado, aquello que no tiene ley ni orden.

En el ámbito de Freud podemos decir que se trata de “tiempos traumáticos”, experimentados como un exceso de tensión proveniente del exterior en el que se ha percibido la falta de recursos simbólicos de los sujetos para responder a esto.

Sobre esto, Lustoza *et al.* (2014) ya habían dicho que la época contemporánea se transformó en testigo del declive de las referencias de evaluación que cimentaban el mundo social. Si antes las elecciones de los sujetos se establecían por los códigos de interpretación ofrecidos por la tradición, la autoridad o la religión, “hoy se observa un desmoronamiento de los límites que daban cohesión a la sociedad”. Por lo tanto, el hombre se ve sin una cuadrícula de lectura que le permita descifrar los eventos de su mundo” (Lustoza *et al.*, 2014, p. 201).

Asimismo, hay que considerar que la problemática del traumatismo, que incide sobre los sujetos y sus formas de subjetivación, ya está permanentemente presente en todos los segmentos sociales, especialmente en aquellos marcados por la exclusión (Birman, 2018).

Sin embargo, cuando se aborda la complejidad de los meandros de las cuestiones socioambientales, se ha dicho muy poco o casi nada sobre la precariedad simbólica de los sujetos para asimilar el impacto

de su condición traumática en lo que respecta a la crisis ambiental.

Desde hace algunas décadas, la comunidad científica advierte sobre el encuentro con lo Real de la ecología, que trae consigo la posibilidad del colapso de la vida en el planeta Tierra, y que será sentido, en mayor proporción, por aquellos que están excluidos del bienestar social.

No obstante, estas advertencias no han sido suficientes frente al poder del capitalismo. Se puede decir, entonces, que ese “algo” en la crisis ambiental circunscribe un espacio de *extrañeza*, que cuestiona nuestra propia existencia en el planeta y no nos impulsa, no nos enlaza efectivamente a un cambio de paradigma.

Hay algo allí, que es del orden del fracaso en el contexto de la civilización. En una metáfora, es como un caldero efervescente, donde los componentes que aún nos resultan enigmáticos interactúan entre sí.

En 2020 añadimos un ingrediente inusual a este caldero: un virus, pandémico como el profesor Leff lo describe: “A medio siglo del Día de la Tierra, momento histórico que abrió una reflexión para controvertir la normalidad de la vida jalonada por el crecimiento económico, la humanidad amaneció infectada por un nuevo virus” (Leff, 2020, p. 1).

El coronavirus se propagó rápidamente y nos trajo a todos la sensación de nuestra finitud y la presencia de una muerte inminente. Vino a comprobar que no sólo es una enfermedad física, pues provocó (y sigue provocando, es cierto) miedo, angustia, desamparo. Tiene que ver, y mucho, con la psique humana. Nos obligó a ser obsesivos y cuidadosos con la higiene, con la limpieza, porque, después de todo, puede estar en cualquier lugar.

Nos sentimos como si el mundo estuviera todo contaminado. En términos de neurosis severas este es un “plato lleno” porque el sujeto puede pasar todo su tiempo en rituales obsesivos en relación con la enfermedad.

Según Quinet (2021) la pandemia trajo la perplejidad y el impacto de un Real absolutamente desconocido, mostrando que la civilización nos forzó a una renuncia más de la pulsión, tal como renunciar a la convivialidad, la presencia física de otros, así como renunciar a la manera cada uno estructuró su vida que regulaba su goce. Para muchos, la soledad y el desamparo se han vuelto cada vez más insoportables. Aquellos que están experimentando la cuarentena con la familia, o con amigos, pueden sentirla como algo insoportable. Recordando que Freud, en 1930, ya había dicho que la tercera mayor fuente de sufrimiento humano son las relaciones con los demás, y que esta, quizás, nos sea más dolorosa que cualquier otra (Freud, [1930], 2020b).

Por lo tanto, en una situación de aislamiento, los sujetos pueden presentar sentimientos ambivalentes de cariño, amor, revuelta, agresividad, potenciando la violencia contra las mujeres, los ancianos, los niños, los transgéneros, los homosexuales, especialmente en “segmentos sociales donde el trauma ya se impone como una cuestión primordial en sus existencias, en algún tiempo, en algún contexto” (Birman, 2018, p. 46).

Quinet también explica que la pandemia también trajo el significante de la mortalidad, transformando al otro en la encarnación del significante principal por excelencia: la muerte (Quinet, 2021), ya que hemos visto, en imágenes y noticias ininterrumpidas, la tragedia que se ha abatido sobre millones de personas en todo el mundo.

El dolor se ha vuelto silencioso y confinado. El sufrimiento, en sus múltiples y más dolorosas facetas, era casi imposible de medir. Las consecuencias de todo esto ciertamente no las hemos podido digerir, quizás lo conseguiremos y así la historia, en su extraño hábito de repetirse, nos muestra en esos momentos inesperados e indeseados, la obstinada resistencia de la naturaleza a la asimilación de los atributos humanos, quitándonos la posibilidad de “vivir cómodamente” en el mundo.

Sí, vivimos en tiempos extraños, *Unheimlich*, la “categoría freudiana de lo espantoso, que remite a lo que es conocido, viejo, y que afecta a las cosas conocidas y familiares desde tiempos pasados” (Freud, [1919], 1980, p. 277).

No es nada nuevo o ajeno, nos dice Freud, sino algo que es familiar y está establecido desde hace mucho tiempo en la mente, y que solamente se ha desviado de ella a través del proceso de represión. Algo de nuestra condición humana, que debería haber permanecido oculto, pero que salió a la luz, alberga tanto el sentido positivo de algo conocido y reconocido como el sentido negativo de algo desconocido (Ianini & Tavares, 2019).

En este sentido, la pandemia al descubierto el saber insabido (sabemos y negamos saber) de tantos desastres ecológicos, tanta transmutación, manipulación que han ocurrido en todos los ámbitos de la vida sin la dimensión exacta de sus causas y consecuencias.

Reiteró la profunda relación entre el virus y la ecología, porque mientras nos asfixiábamos por la angustia del coronavirus, el planeta “respiraba” aliviado: la contaminación disminuía, los hábitats se regeneraban por los cambios en el flujo de circulación en todo el mundo, por el cese de las actividades industriales.

Como el virus parecía atacar sólo a los humanos, la naturaleza pareció recomponerse, al menos durante un tiempo, en un franco proceso de restauración, generando efectos beneficiosos para el medio ambiente. En una paradoja, el virus que sólo ataca a los humanos contribuye al proceso regenerativo de la naturaleza.

Es muy interesante observar que la fuerza de la vida también se ha manifestado en la forma en que el virus se multiplica, ya que tiene la estrategia genética para replicarse a sí mismo y, para ello, su soporte es nuestra estructura humana. Somos, en una metáfora, el útero que permitió la vida y que, al mismo tiempo, también nos destruyó. Hay una interesante alegoría sobre esto con la película dirigida por Ridley Scott, *Alien el Octavo Pasajero*, estrenada en 1979, que cuenta la historia de tripulantes de un remolcador espacial que aterriza en un planeta desconocido después de responder a una llamada de socorro y descubren extrañas criaturas que se reproducen usando otros seres como huéspedes.

El coronavirus reveló, más allá de las consecuencias físicas del encuentro con la muerte traumática, la dimensión de una faceta de nuestra crisis civilizatoria, que hemos negado sin cesar: nuestra responsabilidad en las prácticas de habitar y vivir en el planeta Tierra, así como en la constitución de nuestros vínculos sociales. En otras palabras, el virus aún tiene mucho que enseñarnos, si queremos aprender.

Desde esta perspectiva, vemos cómo nuestras tragedias medioambientales y la pandemia se han reforzado mutuamente, quitando el velo que ha cubierto las relaciones entre sufrimiento, sistemas sociales y medio ambiente.

Vladimir Safatle, filósofo brasileño, dice que “el sufrimiento social es la expresión de un social

aún no reconocido, que sigue insistiendo, como una carta no entregada, como una promesa no cumplida” (Safatle, 2016, p.10).

Esto está alineado con la existencia de más de 3.500 millones de seres humanos que sufren el cambio climático y sus nefastas consecuencias; que padecen con el consumo exacerbado de una minoría, que es la forma de goce del sujeto moderno; que viven en ambientes de gran adversidad (¿que son los grandes vertederos de basura en África, originados en el consumo europeo, donde los seres humanos tienen una esperanza media de vida de alrededor de 30 años?). Sin duda, un sistema económico que perpetúa la desigualdad provoca un sufrimiento físico y psicológico sin precedentes.

La sociedad moderna y su sofisticada tecnología conviven con la existencia de crímenes ocultos de esclavitud humana y destrucción ambiental, no sólo inextricablemente unidos, sino impulsados mutuamente. Los esclavos modernos son usados para destruir el medio ambiente y esta destrucción, asociada con la esclavitud, es como un motor que alimenta el mercado global con el botín de un crimen (Bales, 2016).

Podría seguir hablando de esto indefinidamente frente a tantos ejemplos que tenemos actualmente. Pero esta breve referencia ya sirve para demostrar que hay una catástrofe ecológica en curso que expone, de manera brutal, la constitución de una gran masa de excluidos del sistema social actual, entrelazando la exclusión, la violencia y la destrucción ambiental de una manera sin precedentes, comprobando el avance de insanidad en las relaciones entre los sujetos.

Esta situación es evidente, ya que los procesos de destrucción ambiental se están incrementando gradualmente, junto con las desigualdades sociales

y que “no existe una estrategia definida para construir la sustentabilidad” (Leff, 2019, p. 26).

3. La crisis ambiental tiene una verdad

Además de la dimensión objetiva como comentaba anteriormente, que, al final, dice sobre las disputas espaciales y materiales sobre el acceso y uso de los recursos naturales, existe una dimensión subjetiva – metapsicológica – que se refiere a las diferentes formas de vínculos sociales, sus sentidos y significados que la crisis ambiental trae en sí mismo como su verdad. Intentemos comprenderlo mejor.

La primera, ciertamente, es la negación que para Freud es la admisión de un cierto contenido reprimido, que llega al consciente, o mejor, al pre-consciente, pero que en seguida es abolida por la emergencia de una negativa (Freud, [1925], 2011b).

Visto de este modo, el concepto freudiano pone de relieve que no estamos dispuestos a aceptar la idea de que el planeta puede estar colapsándose realmente, no sólo en términos ecológicos, sino también desde la perspectiva del modo en que nos cuidamos los unos a los otros.

Y también, que rechazamos que nuestras prácticas e intervenciones en los espacios naturales no estén guiadas por el principio de la preservación de la vida, sino por la superación del límite inaceptable de la explotación, ejercida desde la perspectiva de lo imposible.

La negación, en los tiempos actuales, se convirtió en una característica intrínseca de la modernidad: cuanto más hechos consistentes y más claros los riesgos, mayor la negación. “La negación ha sido una marca de nuestros tiempos y nos permite promover la distancia social y convivir, alegres,

sordos, indiferentes o paranoicos con el otro miserable”, como dice la psicoanalista y profesora de la Universidad de Sao Paulo- USP, Miriam Debieux Rosa (Rosa, 2016, p. 48).

La otra verdad que la crisis ambiental señala, exactamente en encuentro con el pensamiento de Žižek (2010; 2013), Leff (2011), Safatle (2016; 2019), es que “el estado de crisis” es “una condición” de la posibilidad de funcionamiento de un sistema económico, especialmente el capitalismo. Con esto se quiere decir que el sentido de nuestra “crisis ambiental” se coloca bajo el tema de las ideologías y creencias impresas en la lengua, revelando el modo cómo las relaciones sociales se inscriben y se rigen por las relaciones de poder, condicionando a los sujetos en sus discursos.

Este parece ser el caso de la palabra “sostenibilidad” y “ser sostenible”, tan en boga en la actualidad que también se alinea con el modelo capitalista o reformista, como un refuerzo de la “creencia” de que no hay necesidad de cambios estructurales, sino sólo de comportamientos, nueva maquinaria, nuevos procesos de producción, protocolos, normas, etc. Lo importante es no detener el engranaje al final “es necesario continuar el crecimiento infinito para generar empleos, etc. y así sucesivamente”.

Las creencias están en juego en lo que, precisamente, niega la existencia de una crisis, porque están sustentadas por la convicción de que no hay un colapso inminente, como si el desorden surgiera de la nada, sin explicación o razón evidente.

Freud ubica el sistema de creencias de su obra “*Tótem y Tabú*”, como un proceso de identificación y establecimiento de reglas que dan al sujeto la sensación de seguridad y sentido existencial. De esta manera, cada individuo posee verdades que inventa, intuye, proyecta, sueña, espera que sean

verdades. Pero será en su obra, *El futuro de una ilusión*, en 1927, donde dirá que, en función de una creencia, se desprecia la relación con la realidad, se hace desaparecer el cuestionamiento, la duda, donde solamente son posibles respuestas dogmáticas y definitivas (Freud, [1927], 2020a).

La forma en que se ha tratado la existencia de la crisis ambiental se direcciona en ese sentido, es decir, la conformación de una creencia, como afirma Žižek, llevando a la población a “actividades frenéticas de reciclaje, compra de alimentos orgánicos, lo que sea, para tener la certeza de que estamos haciendo algo y que eso de alguna forma influirá al igual que una creencia supersticiosa” (Žižek, 2010, p. 194).

Actuando de manera individualista, cambiamos los hábitos de consumo, nos preocupamos por el destino de los residuos domésticos, con el consumo de alimentos orgánicos, de plásticos, etc., impregnados de sentimientos individuales de responsabilidad y altruismo, pero, en cualquier caso, fuera del debate sobre el extractivismo depredador e ilimitado de la producción capitalista.

Con esto nos redimimos y mantenemos la culpa como el precio a pagar por la deuda simbólica de la inserción en la cultura (Freud, [1912], 2012).

Sin embargo, la idea de actuar en la transformación de la realidad del mundo se trata sólo de “confundir, en el ámbito de los consumidores reales o virtuales, las distinciones fundamentales, como los amos y los esclavos, los capitalistas y los proletarios” (Wajcman, 2007 *apud* Žižek, 2010, p. 155).

La crisis ambiental (y el cambio climático como consecuencia) también pone en manifiesto la retórica paranoica en defensa del desarrollo en detrimento de las cuestiones ambientales, es decir, que necesitamos más empleos, necesitamos alimen-

tos, necesitamos combatir el hambre, generando un antagonismo permanente entre la protección del medio ambiente y la calidad de vida de las personas.

Nótese que hay una narrativa que no parece representar un fin en sí misma, sino la construcción de una historia en la que los filtros de la tolerancia son cada vez más amplios, generando falsas elecciones ante la intensidad y magnitud de los impactos ambientales que se producen en todas las regiones del mundo.

Esto refleja la negativa del grado de riesgo de muerte a los que todos están siendo sometido y confirma la idea de que se trata de un sentido mucho más existencial que objetivo, más ético y político que naturalista y científico. Es decir, no se debe reducir la crisis ambiental a la perspectiva de que el medio ambiente está en crisis, porque lo que realmente está en juego es una forma de ser, un estilo de vida colectivo, es decir, la subjetividad de una civilización.

No se trata de una catástrofe ecológica, sino, sobre todo, de un momento crítico en el proceso civilizador al que se enfrenta la especie humana. Por lo tanto, existe la responsabilidad de mantener esta crisis, que vuelve a los sujetos, mientras los que son capaces de responder sobre el sentido de sus actividades, es decir, en la dimensión ética y política.

Una dimensión que ha sido muy bien apropiada por el modo de vida capitalista y que, por definición, no tiene una relación adecuada, natural e inmanente con el mundo de la naturaleza.

Desde esta perspectiva, la crisis ambiental debe ser comprendida desde lo que revela sobre la mentira de la civilización, es decir, que todo estaba en orden, que no había necesidad de preocuparse, que había un orden estatal que cuidaba de todos, que el desarrollo económico se derramaría sobre

todos los habitantes del planeta y que la tecnología serviría para sanar todos los males que les suceden a los ciudadanos del mundo (Farias, 2021).

En este contexto recordamos que, en 1937, en el texto “Análisis terminable e interminable”, Freud afirmó que era necesario llamar a la bruja en referencia a la conversación entre Fausto y Mefistófeles, desarrollada en la cocina de la bruja, donde el personaje (Fausto) dice que está molesto por el hecho de que el conocimiento no lo había conducido a la felicidad y, que, por eso, quiere volver a ser joven y disfrutar de la vida (Freud, [1937-1939], 2018).

En una alegoría interesante, que parece sugerir los beneficios que se ofrecen como resultado de una vida “sustentable”, la cura para el mal de Fausto, según Mefistófeles, estaría en una existencia saludable, viviendo en armonía con la naturaleza, dedicándose a los trabajos agrícolas. Eso no es lo que Fausto quiere y el demonio le responde “¡Que venga la bruja, amigo!” (Goethe, [1800-1875], 2003).

Es sintomático lo que expresa el deseo de Fausto: si por un lado él conoce la receta correcta para una buena vida, por otro, no la quiere, insertándose en el dominio de lo enigmático, pues si “sabe lo que es mejor, ¿por qué no lo quiere?”.

La dimensión metapsicológica de la crisis ambiental sugiere una pista, en esta analogía: se sabe que es grave, sin embargo, hay una negativa a conocer o a enfrentar las consecuencias que se derivan de ella. Por lo tanto, no hay duda de la existencia de un verdadero malestar.

4. Malestar ambiental

El camino que ha tomado el padre del Psicoanálisis nos hace percibir que la crisis ambiental

se manifiesta, no sólo en los aspectos físicos, sino también en los meandros que implican el establecimiento y la dinámica de los lazos sociales.

Es en lo colectivo, enseñó Freud, donde podemos ver que la vida en sociedad no es más que unidades amplias y obedientes a las mismas leyes que marcan al individuo.

Los destinos de la cultura, desde hace más de un siglo del nacimiento del Psicoanálisis, delinean el “malestar ambiental”: la insatisfacción de la sociedad y su movimiento letal de consumo exacerbado, la convivencia con la violencia, la destrucción y la degradación del medio ambiente, como experimentó recientemente Brasil en 2020, cuando se produjeron los grandes incendios en el Pantanal y la Amazonia.

Vladimir Safatle (2020) aporta un análisis preciso de la destrucción por fuego (quemadas) mientras que el legado del Brasil colonial resurge con fuerza. “El fuego”, dice el filósofo, “además de quemar los grandes paisajes y ecosistemas vitales para nuestra supervivencia, también quema las experiencias sociales que se han desarrollado y se están desarrollando en estos espacios” (Safatle, 2020, p. 2).

Todo ello bajo la ausencia de protección de las instituciones que deberían protegernos a todos, y el aumento de la medicalización del sujeto sometido al impacto de las tragedias y de los crímenes ambientales, entre otros ejemplos.

Veamos el caso de la rotura de la presa en Brumadinho, propiedad de la empresa Vale, minera multinacional brasileña y una de las mayores operadoras logísticas del país. Vale es una de las mayores compañías mineras del mundo y también la mayor productora de mineral de hierro, pellets y níquel.

El 25 de enero de 2019, Vale protagonizó el mayor accidente laboral de Brasil en pérdida de

vidas humanas – casi 300 muertes – y el segundo mayor desastre industrial del siglo. Fue uno de los mayores desastres ambientales de la minería en el país, después de la rotura de la presa en Mariana ocurrida en 2015.

Aparte de la magnitud de los impactos biológicos y físicos, hay otro que aún no está debidamente circunscrito: el sufrimiento de las comunidades locales.

La configuración de este sufrimiento psíquico se produce en la pérdida de sus referencias fundamentales de organización y de la propia vida, un circuito de afectos despedazados a través de la destrucción de la convivencia comunitaria y del concepto de “desarrollo” impuesto. Pérdidas que pueden constituirse, psíquicamente, como tribulaciones irreversibles, es decir, la separación de los objetos en correlación con las casas, los ríos, los lazos sociales, la propia relación con la naturaleza.

La materialización de este hecho se encuentra en los registros de la sobrecarga del sistema de salud local, que comenzó a distribuir un 80% más de ansiolíticos y un 60% más de antidepresivos (FIOCRUZ, 2019), además la cantidad de intentos de suicidio o suicidios que tuvieron éxito, también alcanzaron cifras alarmantes. Para combatir los efectos de un proyecto nefasto lo que se ofrece es la medicalización, suturando al sujeto en su condición de deseante.

La dimensión metapsicológica de la crisis ambiental nos da una pista porque se sabe que es grave, sin embargo, hay un rechazo a este conocimiento o al enfrentamiento de las consecuencias advenidas.

En cierto modo, este punto expresa aquella inquietud del momento antes de la Segunda Guerra Mundial, que Freud, también en el Malestar de la Cultura, la abordó como la existencia de un prin-

cipio de destrucción – la pulsión de muerte – que, a partir del exterminio de una raza, apuntaba a la aniquilación de la especie humana.

El malestar, por lo tanto, traducido por Freud, es más actual que nunca, manifestando un problema más amplio del cual, en pleno siglo XXI, la crisis ambiental también forma parte.

Él llegó a la conclusión de que esto no es algo que está fuera del proceso de civilización, sino que le pertenece a él mismo. Cuanto más avanza la cultura, más se muestra su lado regresivo, ya sea por ignorancia, violencia, obscenidad, indiferencia, etc. El progreso, en su concepción, es la eliminación del origen bárbaro, pero trae consigo, en su interior, el problema de la pertenencia y del establecimiento de vínculos, de lazos, conflictos, agresividad, repitiendo la experiencia de la escisión a la que todos los individuos están sometidos en su origen.

Tal situación también le hará abordar uno de los problemas fundamentales del mundo moderno: la dificultad de la unión, de los vínculos y lazos de pertenencia en la relación de los individuos con otros individuos. Aunque los seres humanos aspiren a la unión, ella no es un hecho originario, sino un sueño, un ideal.

Este es el caso de la industria del hambre en el mundo, como se aprende de Caparrós (2016) cuando afirma que la igualdad de comer todos los días es modesta [...] en un mundo donde nada se legitima más que ser víctima, el hambre produce víctimas – muchas víctimas – sin verdugo aparente. ¿Y qué es una víctima sin verdugo? – pregunta el periodista. Un acto sin agente, un hecho que nadie provocó.

Es evidente la ruptura del pacto social, donde no hay “un” responsable, ya que son “todos”, afirma Žižek (2011). Acá se apunta, justamente, la ausencia de responsabilidad en estas dos vías, es decir, desde

el punto de vista tanto de los que pueden participar en los beneficios sociales como de los que están al borde de la precariedad de la vida humana.

En estas reflexiones de 1930, Freud fue más allá y trató la relación del sujeto con los otros, demostrando que hay un fracaso en aquello en donde es necesario que él esté frente a su voluntad, donde el campo es el de la libertad y no el de la causalidad natural.

Desde esta perspectiva, la apropiación de la naturaleza al traer beneficios y, también, al acompañarse de destrucción y sufrimiento, acarrea consigo la marca de lo primitivo, contra la naturaleza.

Asimismo, es lícito afirmar que la crisis ambiental expresa un malestar, mientras que el reconocimiento tácito e intuitivo de la situación revela que el problema ambiental regresa dentro de su propia solución, de manera irreflexiva o no temática, es decir, sin conciencia de la situación. Pasa a ser la nominación, o el diagnóstico de la experiencia que, como “homóloga al síntoma psicoanalítico”, ha producido un sufrimiento real, principalmente a los más vulnerables social y ambientalmente, desprovistos de voz y de singularidad.

Ahora bien, no se trata del mundo exterior, ni de la forma en que los sujetos padecen las intemperies de la naturaleza, sino más bien, de cómo se posicionan ante ellas, la experiencia del sujeto de percibir su propia crisis, o su estado de crisis.

Para Freud, el ser humano descartó su instinto de autoconservación en aras de la satisfacción y, al hacerlo, sacrificó su bienestar, autodestruyéndose a sí mismo. En este sentido, el simple hecho de tratar el problema ambiental en la expresión de sus fenómenos es esconder la verdad del síntoma, es una forma de mantener la crisis en pleno funcionamiento.

to, ocultando su suplemento libidinal, el suplemento invisible, es decir, todo aquello que no se quiere ver.

5. Algunas consideraciones finales

El tema que he abordado a lo largo de este ensayo puede tener muchas ramificaciones, pero me gustaría concluir con un aspecto de la obra freudiana que dice mucho acerca de nuestras relaciones con la emergencia de los asuntos que trae consigo la crisis ambiental.

Me argumento con el pensamiento del filósofo Vladimir Safatle, en torno al desamparo freudiano y la transformación social (Safatle, 2016). Veo, desde esta óptica, que el pensamiento freudiano nunca será de orden pesimista, sino que dirige hacia una salida. Es decir, el grave cuadro de la crisis ambiental no es del orden del determinismo de la naturaleza que nos dice que se puede deshacer.

Lo que Freud hizo fue una llamada a la responsabilidad del sujeto ante el proceso civilizador:

[...] hasta ahora nuestra investigación sobre la felicidad no nos ha enseñado mucha cosa que ya no fuese conocida, tal conocimiento no produce un efecto paralizante; por el contrario, muestra nuestra actividad en la dirección que debemos tomar. Si no podemos abolir todo el sufrimiento, podemos abolir parte de él y mitigar otra parte: una experiencia milenaria nos ha convencido de ello (Freud, [1930], 2020b, p. 43).

En suma, asumir la responsabilidad en la comprensión de que el desarrollo de la civilización ha traído – y trae – avances innegables para el bienestar humano, requiere asumir la fragilidad en las tesituras del tejido social, expuesta en la forma de

la degradación ambiental, en la exacerbación de la pobreza, de la segregación social y del sufrimiento.

La crisis ambiental, en esta amplia sinergia con la pandemia del coronavirus, revela que hay mucho que aprender sobre su significado y sentido, así como sobre las relaciones con sus orígenes.

Se trata de que, por un lado, la civilización se ha vuelto más compleja, ante el avance de la ciencia; por otro lado, confirma la existencia de una economía psíquica, cuya moneda es la libido y el lastre es la pulsión (Ianini & Tavares, 2020). Es esto, en definitiva, lo que ha normalizado nuestras relaciones con la naturaleza.

Este es un momento que exige su recuperación desde el punto de vista de la razón, es decir, incluir la responsabilidad de los sujetos en su origen y mantenimiento, reiterando este encuentro con el Psicoanálisis, ya que este es un dispositivo de tratamiento de las crisis subjetivas.

El psicoanálisis cuestiona la responsabilidad por la crisis que atravesamos, surge como un dispositivo para recuperar el valor de verdad de esta crisis, permitiéndonos comprenderla como el sentido de una decisión, constante, que remite a lo más fundamental de cada uno de nosotros. El psicoanálisis no huye de lo Real, frente al encuentro con la angustia, y menos frente a las contingencias de lo que causa sufrimiento.

Es un hecho que tal vez resulte trágico para muchos, pero es innegable que la mirada freudiana pone al sujeto ante una paradoja que revela su orfandad, así como la posibilidad de recrearse, tal como lo expresa Vladimir Safatle (2016). El autor recuerda que el desamparo que acompaña al sujeto es también su emancipación, siendo, por tanto, algo que no se combate, sino que se afirma. "Podemos hacer cosas muy diferentes con el desamparo, co-

mo transformarlo en miedo, en angustia social, o producir un gesto con un fuerte potencial liberador" Safatle (2016, p. 18).

Este es sin duda uno de los grandes legados de Freud y nos lleva a plantear, en definitiva, que ante la fase de la crisis ambiental a la que hemos llegado, no hay forma de alegar ignorancia, ni indiferencia, porque si somos parte del problema, también somos parte de la solución. Esto es quizás una gran responsabilidad, pero también un privilegio.

Referencias

- Bales, K. *Blood and earth: modern slavery, ecocide, and the secret to saving the world*. New York: Random House, 2016.
- Birman, J. Psicanálise e filosofia política na contemporaneidade – sobre as categorias de povo, de populismo e de identidade na atualidade. In: Hoffmann, C.; Birman, J. *Psicanálise e política: uma nova leitura do populismo*. São Paulo: Inst. Langage, 2018.
- Caparrós, M. *A fome*. Rio de Janeiro: Bertrand do Brasil, 2016.
- Chaves, E. Perder-se em algo que parece plano, In: Freud, S. *O infamiliar*. Obras incompletas de Sigmund Freud. Trad. Ernani Chaves e Pedro Heliodoro Tavares. Belo Horizonte: Autêntica, 2019.
- Dolar, M. *Freud and the political*. 2007. Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/236729279_Freud_and_the_Political>. Acceso: sep. 2020.
- Drummond, C. A. Uma pedra no meio do caminho. Disponible en: <<https://repositorio-aberto.up.pt/bitstream/10216/23439/2/angelasarmentonomeio000095078.pdf>>. Acceso: oct. 2020.
- Farias, A. L. *A psicanálise e o meio ambiente: caminhos para uma educação ambiental*. Curitiba: Medusa, 2021.
- Freud, S. O extraño. In: Strachey, J. *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud*. Rio de Janeiro: Imago, p. 275-322, 1980.
- Freud, S. *Psicologia das massas e análise do eu e outros textos*, São Paulo: Companhia das Letras, 2011a.
- Freud, S. A negação, In: Freud, S. *O eu e o id, "autobiografia" e outros textos*. Obras completas. São Paulo: Companhia das Letras, 2011b.
- Freud, S. *Totem e tabu, contribuição à história do movimento psicanalítico e outros textos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.
- Freud, S. *Análise terminável e interminável*. Moisés e o monoteísmo, compêndio de Psicanálise e outros textos. São Paulo: Companhia das Letras, 2018.
- Freud, S. O futuro de uma ilusão. In: Freud, S. *Cultura, sociedade, religião: o mal-estar na cultura*. Trad. Maria Rita Salzano Moraes. Belo Horizonte: Autêntica, 2020a.
- Freud, S. O mal-estar na cultura. In: Freud, S. *Cultura, sociedade, religião: o mal-estar na cultura*. Trad. Maria Rita Salzano Moraes. Belo Horizonte: Autêntica, 2020b.
- FIOCRUZ – Fundação Osvaldo Cruz. Seminário “Desastre da Vale S.A. em Brumadinho: seis meses de impactos e ações”. 2019. Disponible en: <<http://www.cpqrr.fiocruz.br/pg/6-meses-de-impactos-e-acoes-do-sus-pos-desastreda-vale-s-a/>>. Acceso: ago. 2020.
- Goethe, J. W. *Fausto*. Trad. António Feliciano de Castilho. 2003. Disponible en: <<http://www.ebooksbrasil.org/eLibris/faustogoethe.html>>. Acceso: set. 2020.
- Ianini, G.; Tavares, J. Freud e o Infamiliar. In: Freud, S. *O infamiliar*. Trad. Ernani Chaves e Pedro Heliodoro Tavares. Belo Horizonte: Autêntica, 2019.
- Ianini, G.; Tavares, J. Para ler o mal-estar. In: Freud, S. *Cultura, sociedade, religião: o mal-estar na cultura*. Obras Incompletas de Sigmund Freud. Trad. Maria Rita Salzano Moraes. Belo Horizonte: Autêntica, 2020.
- Leff, E. *Saber ambiental: sustentabilidade, racionalidade, complexidade, poder*. Petrópolis: Vozes, 2011.
- Leff, E. *Political ecology: a latin american perspective*. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 35, 29-64, tranquilo, 2015.
- Leff, E. *Ecología política: de la deconstrucción del capital*

-
- a la territorialización de la vida. México: Siglo XXI Editores, 2019.
- Leff, E. *Clima viral: o lugar da humanidade no planeta*. 2020. Disponível em: <<https://amazonialatitude.com/2020/08/05/clima-viral-lugar-humanidade-planeta/>>. Acesso: sep. 2020.
- Lustoza, R. Z.; Cardoso, M. J.; Calazans, R. Novos sintomas e declínio da função paterna: um exame crítico da questão, *Ágora*, 17, 201-213, 2014.
- Rosa, M. D. *A clínica psicanalítica em face da dimensão sociopolítica do sofrimento*. São Paulo: Escuta/Fapesp, 2016.
- Quinet, A. *A política do psicanalista: do divã para a pólis*. Rio de Janeiro: Atos e Divãs Edições, 2021.
- Safatle, V. *O circuito dos afetos: corpos políticos, desamparo e o fim do indivíduo*. Belo Horizonte: Autêntica, 2016.
- Safatle, V. *Dar corpo ao impossível: o sentido da dialética a partir de Theodor Adorno*. Belo Horizonte: Autêntica, 2019.
- Safatle, V. Governar é produzir incêndios. *El País*, 16 de out. 2020. Disponível em: <<https://brasil.elpais.com/brasil/2020-10-16/governar-e-produzir-incendios.html>>. Acesso: feb. 2021.
- Žižek, S. *Vivendo no fim dos tempos*. Trad. Maria Beatriz de Medina. São Paulo: Boitempo, 2010.
- Žižek, S. *Bienvenidos a tiempos interesantes!* La Paz: Bolívia, 2011.
- Žižek, S. *Bem-vindo ao deserto do Real!* Cinco ensaios sobre o 11 de setembro e datas relacionadas. São Paulo: Boitempo, 2013.